

hp C- 996/4 1mo 18282



SEMANARIO DETECTIVESCO DE ACTUALIDAD

Se publica los lunes.

10 céntimos.

Redacción y Administración: Valverde, 23, bajo dcha.

Año I. - Madrid, 3 de Mayo de 1915. - Núm. 1.

La muerte del diplomático.



(Véase la información en la página 5.ª)

PALABRAS SIN MUSICA

Todos pueden leerlo.

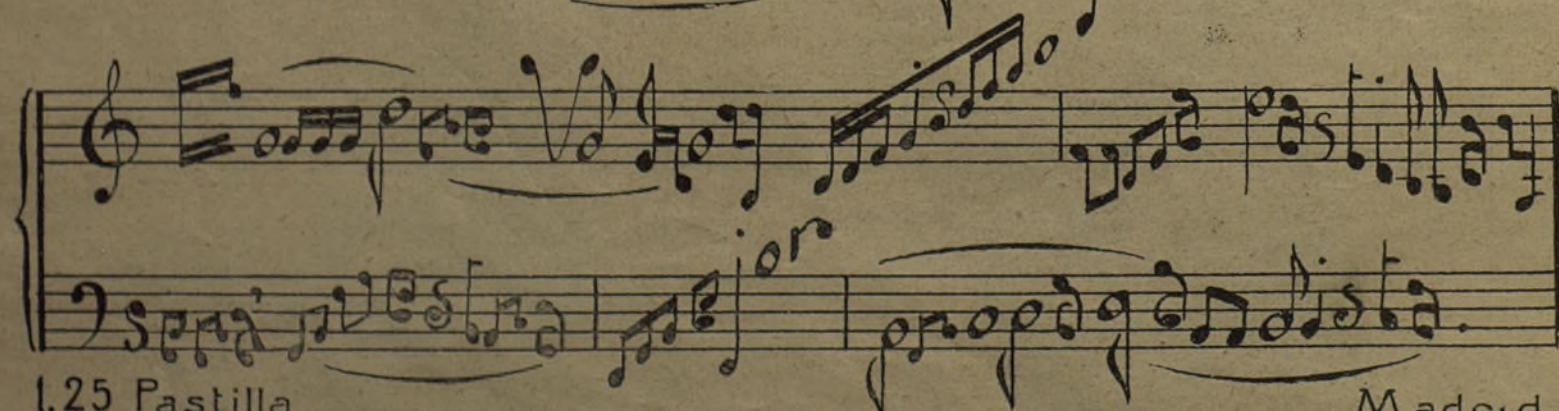
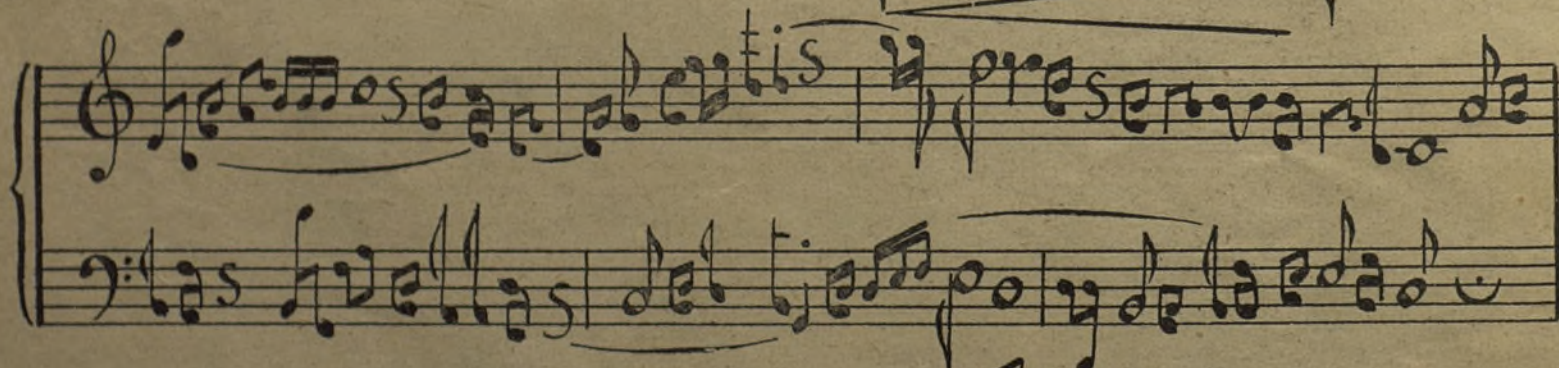
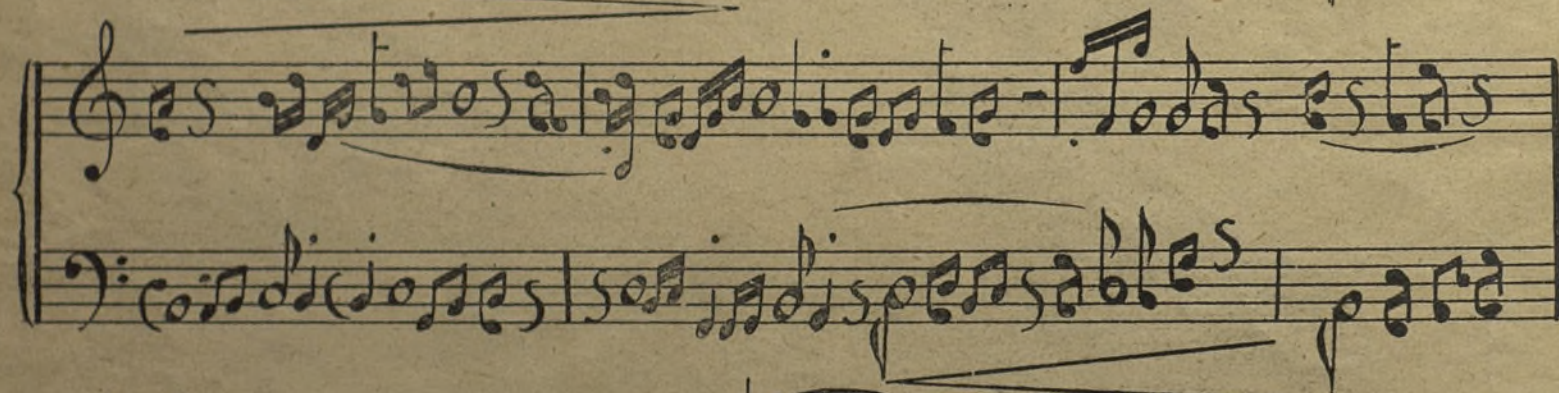
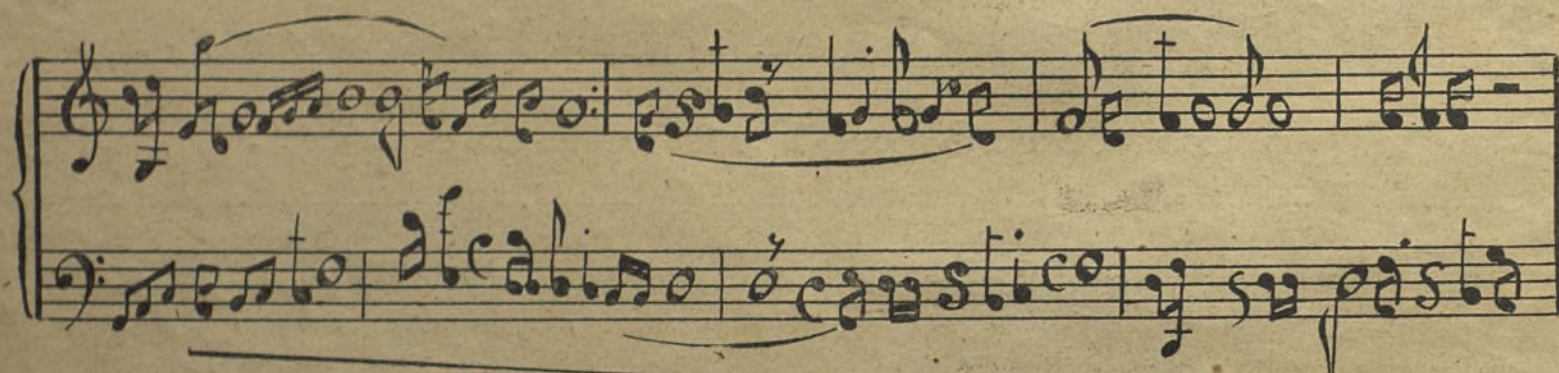
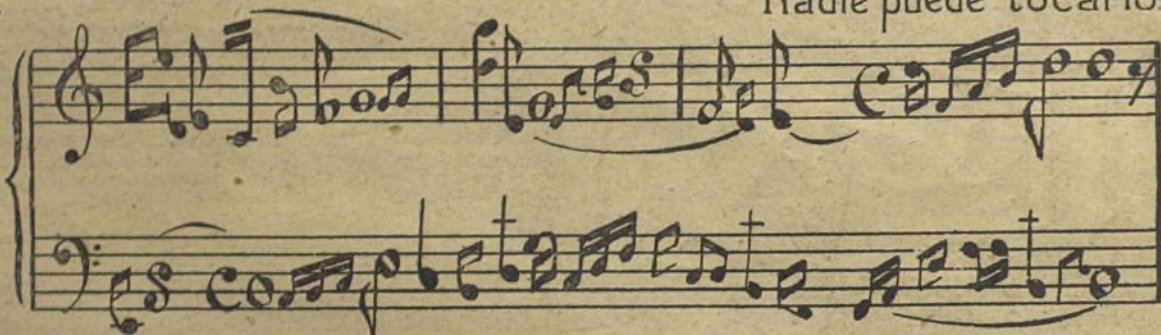
Nadie puede tocarlo.

JABÓN

Flores del Campo

Perfumería Floralia

GRANADA, 2



l.25 Pastilla

Madrid



SEMANARIO DETECTIVESCO DE ACTUALIDAD

Se publica los lunes.

10 céntimos.

Redacción y Administración: Valverde, 23, bajo dcha.

Año I. - Madrid, 3 de Mayo de 1915. - Núm. 1.

MASCARILLAS PINTORESCAS

por Emilio Carrère.

Don Manuel Linares Rivas es un senador galaico que tiene la manía de escribir piezas teatrales. Y las hace bastante bien, con relación a las de Perrín y Palacios.

Linares Rivas es un globo de vanidad literaria. Porque hablen bien de sus comedias es capaz hasta de dar dinero. Y todos sabemos lo que eso significa para un hijo de la dulce Galicia.

Para muchos críticos, un estreno de Linares Rivas representa un billete grande, uno de esos maravillosos billetes que tienen la fotografía del Palacio real. ¡Admirable propaganda monárquica!

Linares, que habitualmente es tan ahorrativo como uno de esos rapaces que vienen a la conquista de Pontejos, cuando estrena sufre horriblemente. Le cuesta muy caro que la gente le guarde el secreto.

Realmente, Linares es una distinguida medianía. Sería injusto decir que es completamente un animal. Tiene buena voluntad artística, es laborioso, y si el pobre no hace cosas definitivas, no es por culpa suya.

El quisiera ser como Benavente. ¡Oh! Esa es su suprema aspiración, y por no poder conseguirlo es por lo que le veis por ahí muy amarillo de color, con las barbas lacias y los ojos turbios, como si estuviese enfermo del hígado. Dicen que la envidia es un pecado que florece en el hígado de los mortales; pues, bien, la gloria de don Jacinto tiene el hígado del pobre Linares hecho una lástima.

Yo le dedico estas líneas a propósito de "La garra", esa comedia un poquito ramplona, hecha con hábiles latiguillos, para la galería, que aplaude sin recordar que el autor es un senador moderado.

Se ha dicho que "La garra" había sido retirada del cartel de la Princesa por imposición del abono. Nada de eso; eso es un habilidoso señuelo para el gran papanatas del público. Díaz de Mendoza retiró la obra del cartel espontáneamente, sin presión alguna, indignado por uno de esos rasgos de sordidez tan frecuentes en el pobre Linares, que, por otra parte, no es mala persona.

¡Qué queréis! Tiene una ternura por el dinero propia de la tierra, donde la roña y el ahorro forman una costra que aco-
raza a todo buen galaico.

Como os digo, Mendoza, que es un gran señor, le quitó la obra por pique de unos cuantos miles que Linares le negó. Díaz de Mendoza, acostumbrado a tirar el dinero, no es compatible con el espíritu de mancebo de ultramarinos del pobre Linares.

Linares Rivas, gordiflón, redondeado, parece una hucha. Y él se ha empeñado en que de esa alcancía salgan cosas geniales. Si le agitaís un poco, oiréis dentro un menguado sonido de calderilla.

"La garra" se iba a reestrenar en el Español; pero, al cabo, tan magno suceso para las letras patrias se ha verificado en el modesto escenario de Eslava. Si se descuida un poco le hacen la obrita en el cine del Avapies.

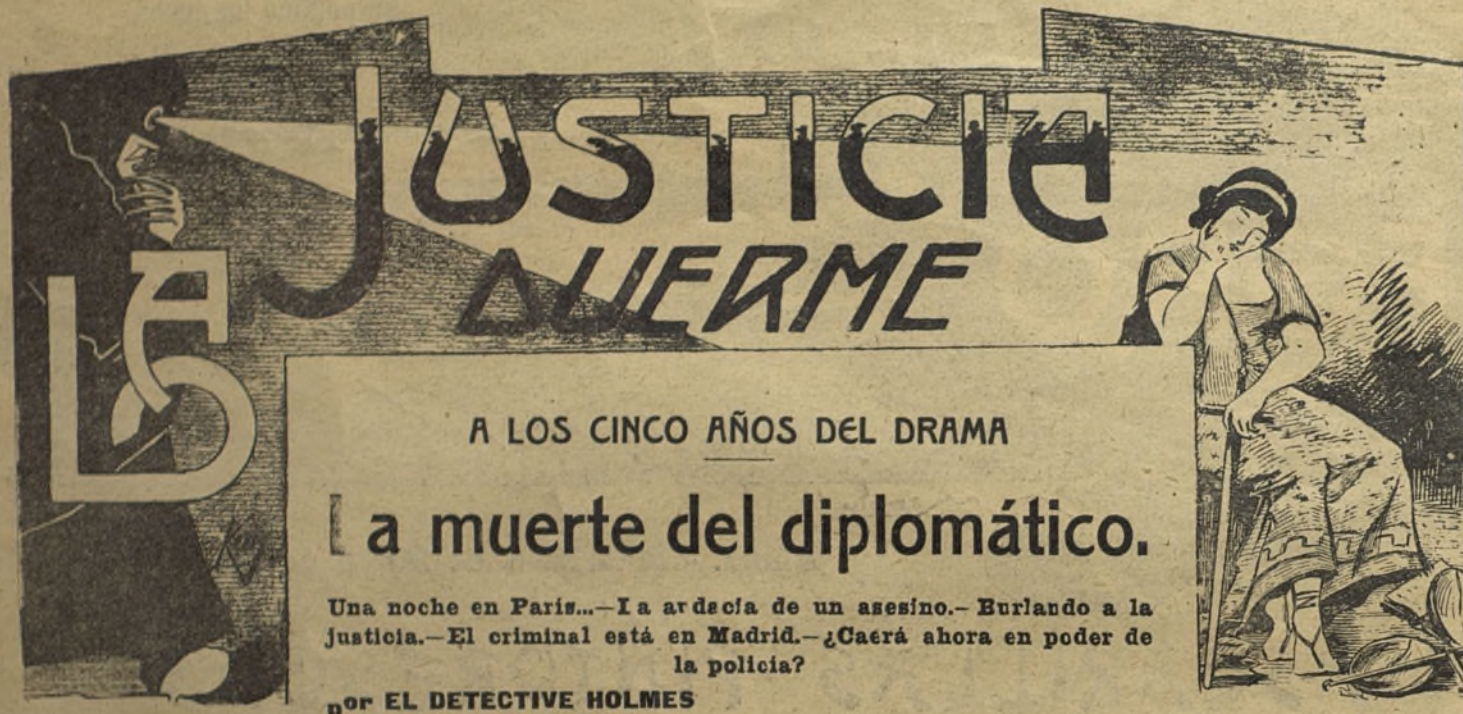
Nos dicen que el motivo de su ruptura con Fernando Mendoza ha sido la señora de Linares, que dirigía los ensayos de las obras de su marido. Según parece, esta señora interrumpía constantemente a María Guerrero, con observaciones acerca de su trabajo, y ella, desde su orgullo de gran actriz, tenía que descender a hablar de estética teatral con la señora de Linares.

Esta intrusión femenina no es de extrañar. Linares Rivas es sordo, como Bethoven, y como una tapia, y su esposa va a los ensayos para decirle, por señas, lo que pasa en la escena. Lo que a primera vista parece un lance taboadesco, tiene más justificación después.

Lo que no es justificable es la inquina que le tiene a Benavente. A no ser genial, hay que resignarse, mi querido Linares. Es el "quid divinum", la llamita misteriosa e inmortal que no luce en todos los cerebros. "Los intereses creados", "La malquerida" y "La noche del sábado", son la gloria del teatro español contemporáneo. "La garra", "El abolengo", "Flor de las razas", son estimables ensayos de una dorada mediocridad.

Ahora, lo que yo me permito aconsejarle es que se limpie el alma de la roña del ahorro. Benavente tira el dinero a manos llenas. Ya que tiene la manía de imitarle, que le imite en eso. En el terreno artístico, es una obsesión que bordea el ridículo.

Emilio Carrère



Después de una fiesta.

La fiesta había terminado. Poco a poco fueron los invitados abandonando la suntuosa morada del viejo marqués de Richennes, en la que Pubis de Chavant, el más notable de los modernos decoradores, había vertido las frívolas exquisiteces de su arte mozo.

Aun no hacía media hora que la fiesta tocara a su fin, y ya no quedaban en aquella mansión más que el anciano aristócrata, su sobrino, M. Louis de Duseidor, diplomático agregado a la Embajada de Viena, de donde había llegado con objeto de pasar la temporada invernal al lado de su pariente el señor marqués, y la numerosísima servidumbre del hermoso hotelito parisien "Villa Richennes".

Tumbados en muelles *chaises-longues*, comentaban tío y sobrino las incidencias de la noche, mientras el humo azulado de los perfumados cigarrillos que en sus labios morían, ascendía perezosamente en volutas que iban a esconderse entre la enmarañada filigrana de artesonado techo.

¿Que me querrán á estas horas?

Cuando ya la conversación iba languideciendo y los párpados notábanse pesados, abrióse una de las puertas del salón. Un criado, alto, musculoso como una "academia" de Miguel Angel, apareció en el umbral.

—M. de Duseldor—dijo—, un funcionario del ministerio desea veros para un asunto urgente.

—¿A estas horas!... No me explico el objeto de tan intempestiva visita.

—Diga usted que M. Duseldor se ha acostado algo indispuerto... ¿Que venga mañana!—ordenó el marqués.

—Le he dicho una cosa parecida, pero insiste en ver ahora mismo a M. Duseldor, para un asunto oficial de la mayor urgencia.

—Bien; que pase al despacho—resolvió el diplomático, que, tras un ligero tocado dirigióse a la habitación en que mandara introducir al visitante.

Las graves campanadas del reloj de la torre de Notre Dame anunciaron las dos de la mañana.



¡Asesinato y robo!

La entrevista duraba ya hora y media. El marqués, que a pesar de la violencia con que el sueño le acometía no quiso retirarse a sus habitaciones, sin antes saber por su sobrino las causas de aquella visita a hora tan desusada, comenzaba ya a impacientarse.

Al cabo de media hora llamó al criado.

—Vaya a preguntar a mi sobrino si tardará mucho aún, pues de ser así, me acostaría en seguida.

El sirviente salió para cumplimentar la orden de su señor; poco después los gritos del criado alarmaron al marqués, que,

presintiendo algo horrible, dirigióse apresuradamente al despacho, en cuyo umbral se detuvo aterrado.

¡Su sobrino, Louis de Duseldor, había sido asesinado!

El cadáver, casi frío, aparecía sentado en uno de los sillones, en actitud tranquila, casi apacible; la muerte debió ser instantánea.

Una mancha sanguinolenta destacábase sobre la nivea, almidonada pechera.

Pasados los primeros momentos de estupor, fueron avisadas las autoridades, quienes al examinar el cadáver del diplomático apreciaronle en el pecho una pequeña herida de forma triangular, por la que manaba ténue hilo de sangre.

Un golpe seco de agudo estilete había causado la muerte. El acero había tocado el corazón.

El reconocimiento practicado en el despacho evidenció que al crimen había seguido el robo.

Una fuerte cantidad que en su cartera guardaba la víctima, más la no pequeña encerrada en los cajones de la mesa, había desaparecido.

El audaz asesino, del que en los primeros momentos no se encontró rastro alguno, debió huir por uno de los balcones del despacho, que apareció abierto de par en par.

Una pista.—La Policía descubre al criminal, pero no logra detenerlo.

Al siguiente día, 30 de Enero de 1910, practicóse un nuevo y detenido reconocimiento en la habitación donde se desarrollara el crimen.

Tras una columna que sustentaba un valioso bronce de Chiffarello, había un pañuelo con manchas de sangre, en el que se hallaban finamente bordadas las iniciales A. P.

Indudablemente era de propiedad del criminal, que por cierto, dada la calidad de la citada prenda, no debía pertenecer a una modesta clase social.

La Policía parisien trabajó activamente en el esclarecimiento del tenebroso drama, y por fin logró averiguar que el criminal era un individuo llamado Antoine Pauberg, conocido por otras diferentes hazañas.

Su porte distinguido y charla amena facilitábanle el acceso a las casas en que se proponía operar.

Una vez cometido este repugnante crimen, Pauberg pudo ocultarse en forma tal que las autoridades no volvieron a saber de él, hasta primeros del pasado año, y al pretender capturarlo, apercibióse aquel del peligro que corría, logrando ponerse nuevamente en salvo.

Los trabajos de la Policía fueron infructuosos; el audaz asesino supo burlar siempre la acción de aquella, hasta que cansado ya de la persecución de que era objeto, huyó de Francia.

Sin duda sospechando que la Policía perseguía sus pasos, se despidió de la fonda, yendo a esconderse en alguna casa, hasta ahora desconocida.

Este momento coincidió con la detención del "apache" Maurice Correa Couceto, llevada a cabo en una casa de la calle de las Minas, el día 26 del pasado mes de Septiembre, por la brigada de Investigación criminal.

Desde ese día eclipsóse por completo Antoine Pauberg, y todo hacía suponer que, temeroso de ser capturado por la Policía española, había abandonado esta corte; mas, hace cinco días fué visto en un céntrico café de camareras al que concurren numerosos franceses. En ese establecimiento pasó toda la tarde, conversando alegremente con dos conocidas cocotas, compatriotas suyas.

El feroz asesino, que ahora se ha dejado la barba, viste elegante traje de chaqué gris, gasta dinero en abundancia, confiado, sin duda, en que la Policía ha abandonado por completo la persecución del malvado que en París, a las tres de la madrugada del 29 de Enero de 1910, segara con un golpe brutal de su certero estilete, la vida del

infortunado diplomático, M. Louis de Duseldorf.

Sabemos que, relacionado con el asunto que antecede, se propone la Policía llevar a cabo un registro en una casa de la calle de la Aduana, donde Antoine Pauberg concurre con frecuencia.

El Detective Holmes

Antoine Pauberg en España.

En San Sebastián y en Madrid.—Viviendo la impunidad de su crimen.

El criminal vino a refugiarse en España. En San Sebastián vivió—claro que con nombre supuesto—mes y medio, hasta hace un año, que abandonó la capital donostiarra, para venir a Madrid.

Créese que durante varios días hospedóse en un aristocrático hotel, donde se inscribió como ingeniero alemán.

Lector: sinceramente te confesamos que este primer número de nuestro periódico no responde al interés y presentación que en lo sucesivo hemos de ofrecerte.

En el próximo número publicaremos dos informaciones verdaderamente sensacionales.

Se ha encargado desde hoy de la sección taurina de este semanario el notable crítico **DON JOAQUIN BELLSOLÁ (RELANCE)**

SASTRERIA
DE
VALERO
—**GUIDOTTI**
CARRETAS 23 y 25 PRAL
MADRID



SANIDAD MILITAR
Próximamente oposiciones.
Preparación por médicos primeros. Esta academia, además de haber vuelto a obtener el número 1 en la pasada oposición **ingresó DIEZ** de sus alumnos.
Costanilla de los Angeles, 3, Colegio de San Ignacio.

LO QUE DIFATEAN nuestros SABUESOS

Es inexacto.

Por Segundo Hornung.

ES INVEROSIMIL...

que don Alejandro Lerroux haya tomado por su cuenta la contrata de zapatos, mantas y trajes de dril para el ejército francés.

Si ustedes se tomasen la molestia de interrogar al Sr. Dato sobre este particular, se convencerían de que esas contratas carecen en absoluto de verosimilitud.

NO RESULTA CIERTO...

que días antes de verificarse las elecciones de diputados a Cortes, algunos lerrouxistas fuesen por esas calles de Dios colocando carteles que decían: "¡Votad la candidatura de Lerroux!", y que tras ellos, caminase una mujer gritando: "¡No votéis al canalla de Lerroux!"

Nada de esto es cierto; pero mucho menos lo es que aquella mujer fuera la propia suegra del hidrópico D. Alejandro.

NO ES VERDAD...

que la Sociedad de minas de Peñarroya tenga un contrato para suministrar al ejército francés todo el plomo que fabrica, así como tampoco lo es que a mediados del mes de Febrero saliese del puerto de Cartagena, con cargamento de dicho mineral, el barco austriaco "Amelia", que se encontraba detenido allí, con otros seis, desde que comenzó la guerra, y que tuvo que vender su cargamento de café, para que la tripulación no se muriese de hambre.

Tampoco es verdad que en las oficinas de Peñarroya, en Cartagena, no se permita la entrada a ningún español.

NO ES VERDAD...

que tuviera fundamento la denuncia hecha por el periódico *Marte* respecto a una escandalosa exportación de armas, a pesar de haber dado toda clase de pelos y señales.

De España no ha salido un solo fusil ni un solo cartucho para Francia.

Tampoco es cierto que se hayan repartido quinientas mil pesetas entre algunos periódicos para que se callen la boquita y no miente siquiera esa absurda venta, de la que más extensamente nos ocuparemos en números sucesivos, no haciéndolo ahora por haber recibido con retraso varios preciosos datos, con los que aderezaremos una sensacional información.

NO ES CIERTO...

que toda la publicidad que ha venido dándose a la dichosa operación hecha a Don Mariano de Cavia obedezca a un osado autobombo del doctor Botella, ni que *El Imparcial*, al reproducir diariamente las listas de las personas que firmaban en la portería del Sanatorio del Rosario, haya perseguido el reclamo.

Por el contrario, nadie ignora que dicha operación fué realmente extraordinaria y que *El Imparcial*, al hacer público su feliz resultado, ha concedido al Sr. Cavia toda la importancia que merece, ya que se trata de uno de los hombres a quienes el progreso y la cultura nacionales deben más luminosas inicia-

tivas, más vigoroso impulso, más grandes pensamientos, más geniales obras.

NO ES POSIBLE...

que el ministerio de la Gobernación se gastase en 1912 más de diez mil duros en revestir de mármol su entrada principal y algunos miles de pesetas en un espléndido ágape celebrado con motivo de la jura de la bandera y que, en cambio, dejase de pagar cuarenta días de haber a un empleado, por carecer de dinero.

Un ministerio que da de comer a todos los batracios de la cinaga nacional, no puede menos de pagar a sus empleados lo que honradamente ganan.

ES INEXACTO...

que en Madrid haya una agencia encargada de comprar caballos a cualquier precio y de enviarlos a Francia, y mucho menos que los caballos adquiridos pasen tranquilamente la frontera por la provincia de Navarra.

Para comprobar lo absurdo de este caso, no han tenido necesidad de olfatear mucho nuestros sabuesos, pues diariamente leemos en la Prensa que el señor presidente del Consejo de Ministros jura y perjura todas las mañanas delante de los periodistas que en España se mantiene en absoluto la neutralidad.

NO ES VERDAD...

que un conocido ciudadano que la echa de aristócrata, insuítase cobardemente hace ocho días, en plena calle del Arenal, a una dama, por no haber acudido ésta a la cita que el galán le diera en una carta, de la que fué portador un mensajero de cierto continental.

Semejante patraña nos crispa los nervios. Cualquiera diría que estamos en un país salvaje, cuando hemos convenido en que España es, sobre todo y ante todo, el solar de los caballeros...

ES UN ERROR...

suponer que Alvarejo Retana se firma "Claudina Regnier", por razón de concomitancias femeninas.

Por el contrario, cualquiera que conozca a Alvarejo habrá visto que su tipo no es para ponerse tonto, cuanto menos para envolverse voluptuosamente en una bata llena de encajes o para calzarse zapatitos de tacón alto.

Segundo Hornung

HORAS MALDITAS



El bohemio tiene hambre.—La taberna de Juan.—Dicenta, los gitanos y el bohemio.—La cena de las burlas.—Zambra canalla.

Por Alfonso Vidal y Planas.

Los momentos más trágicos de la vida tienen muchas veces una nota pintoresca, que es como ese rictus reidor que pone la Muerte en los contraídos labios de un cadáver. ¿No le ha ocurrido a usted, señor mío, ante la contemplación de un difunto, creer que el infeliz se estaba riendo silenciosamente, aun dentro del ataúd siniestro?

Fué a raíz de un ruidoso suceso, en el que intervino un humilde escritor, pobre y desgraciado.

Ese humilde escritor, constituido en blanco de las iras inmotivadas de un rotativo, popular entonces, apuró hasta las heces la copa amarga de todas las privaciones, de todas las contrariedades. ¡Cuántas veces hubo de ambular, errante y abrumado, por extenuante fatiga, a lo largo de las calles ocultas de Madrid, y a muy altas horas de la noche, famélico y avaro de sueño, sin un miserable puñado de calderilla para la adquisición de un indigno condumio y de un sórdido lecho!

En una de esas inclementes noches zambullóse el misérrimo en la tasca de Juan, decidido a realizar un acto heroico: pedir "al crédito" una ración de callos o de otra cosa cualquiera. La tasca de Juan es famosa en los anales de la bohemia y de la golfemia. Está enclavada en el centro de la calle del Desengaño, vía frecuentada por las pobres mercenarias ambulantes del amor barato.

Es innegable que existe la Providencia, y aquella noche aparecióse al bohemio en forma de genial dramaturgo, rodeado de una singular cohorte, no de bellos y radiantes angelitos, sino de sucios y pestilentes gitanos,

de patibulario aspecto y de muy repugnante y asquerosa facha. La entrada, en la tasca, del dramaturgo insigne, mimado predilectamente por la popularidad, arrancó entre los parroquianos un rumor de admiración.

—Aquél es. Mírale—cuchicheaban todos...

Y el humilde escritor sintióse poseído de un hondo júbilo, enorme, porque el maestro, espléndido como el que más, le arrancaría seguramente del angustiosísimo trance de tener que ser héroe. El maestro parlaba con Juan; el maestro glosaba una bendita letanía de nombres mágicos, en alta voz: "Una gran sopera de sopas con huevos...; biftec con patatas...; merluza... mucha merluza"...

Y el mesonero respondía a cada palabra con un ceremonioso movimiento asentidor de cabeza: "Está bien; está bien."

Los gitanos, impacientes y hambrientos, arrastraron al dramaturgo a un reservado, zampáronle dentro, claváronle en un asiento de madera, y colocáronse alrededor de la mesa, en desesperada espera. Uno de ellos, negrazo y ordinariote como los borceguies de un quinto, palmoteó frenético, y otro, aniñado y femenino, lanzó instintivamente un ¡ay! flamenco y agudo que se clavó en el techo.

—No; ahora, no. Después de cenar—advirtiéndole alguien.

El humilde escritor penetró en el reservado, y saludó al maestro. El maestro estaba ébrio, perdidamente ébrio.

—Siéntate—ordenó.

Y el humilde escritor sentóse entre aquella cuadrilla de facinerosos, frente al dramaturgo genial.

Chorreaba el vino en los vasos que era una



bendición. Una algazarosa alegría hizo explosión en el pequeño recinto del reservado. El maestro refería interesantes anécdotas de súcubos, ramerías y *sablistas*; los sucios gitanos reían, canturreaban, devoraban los condumios. Todos bebían, bebían. El humilde *plumífero* comía y callaba.

Era famoso que el maestro—todo corazón, todo bondad—*tenía mal vino*. Tener mal vino equivale a ponerse inaguantable, a ser insufrible cuando la bebida causa en el bebedor sus estragosos efectos. Era una desgracia irremediable.

Y en aquella ocasión dió al literato ilustre por afeár el comportamiento del humildísimo *plumífero* en el ruidoso suceso a que al principio de este artículo nos referimos.

—Tú eres un canalla, un bandido; tu padre, etc.—rugía el maestro, enfurecido, encorajinado, ofuscado y ciego por los efectos de la bebida.

Y el bohemio comía y callaba.

—Te voy a pisar las tripas, hijo de tal...

Y el bohemio sentía ansias de agarrar al maestro por la garganta y de estrujársela.

Después inicióse la juerga, una juerga ruidosa, franca, escandalizante. Un gitano guitarró unas notas, emborrachantes de páfida melancolía; otro se plantó sobre la mesa, sin retirar el mantel, ni los vasos, ni las botellas, y taconeó hábilmente unos zapateados chulescos; otro cantaba, con salvaje apasionamiento, por todo lo *fondo*. Botellas y vasos caían al suelo, pulverizados; el vino chorreaba sobre la mesa.

El mesonero intervino en defensa de sus intereses. El maestro calmóse.

—Todo eso se pagará—tartamudeó, idiotizado por la bebida—. Todo, todo... ¡Eh! ¡Más vino!...

E inclinó la cabeza sobre el pecho, como fatigado o abrumado por el peso de esa idiotéz...

El dramaturgo genial se llama—lo había usted adivinado—D. Joaquín Dicenta. Un cerebro sobre un corazón.

El escritor humilde se llama lo mismo que yo.

¡Ah! Unos días después, cuando ingresé en la cárcel a cumplir tres meses de arresto por cierto artículo, uno de aquellos gitanos me saludó en el patio de la prisión.

—¡Hola, camarada!...

Aquella cena es la cena más cara que he tomado en toda mi vida...

Muecas de la suerte.

Irene es una muchachita rubia, gentil, espiritual; un ramillete lozano, fresco y jugoso, de carne de mujer. Diez y ocho primaveras cuenta la encantadora Irene... Y Fulano de Tal es un señor periodista, que ha enloquecido de amor por los encantos de Irene.

La señorita Irene tiene un papá, celoso del honor de su hija,

que es su propio honor; celoso como un padre de los dramas calderonianos.

El señor periodista pasea infatigablemente por las aceras de la calle donde Irene tiene su domicilio; ronda frente a los balcones de la casa; acecha martirizado por la natural impaciencia la salida de la encantadora muchacha. Y Irene endulza las mortales horas del señor periodista, enviándole furtivas sonrisitas.

—Yo soy periodista. Es muy bonito serlo. Podemos ir gratuitamente al teatro todos los días. ¿Quiere usted ir esta noche? Yo le enviaré a usted un palco. Se lo pediré a cualquiera: a Borrás, a Chicote, a... Todos son grandes amigos míos.

Irene vacila, duda, no se atreve.

—Es demasiado pronto—trina la encantadora muchachita con adorable y angelical timidez.

El periodista insiste, objeta, vence... ¡Irene irá al teatro! Irene tendrá un palco.

Se despiden. El señor periodista pide un palco al empresario de Apolo. Es un compromiso gravísimo. Chicote se lo envía...

Pero el señor periodista es un bohemio incorregible. Es un señor que necesita dinero siempre, siempre. Se dirige al Monte y empeña el gabán. Le será preciso obsequiar a la nena con una cajita de bombones.

Mete el palco en un sobre y lo envía, reventando de gozo, a la bella Irene. Después, a esperar...

Por la noche se dirige a Apolo, entra triunfal, radiante. Mira a todas partes. Nada; el palco está vacío. ¿Qué ocurre?

La función empieza; la función termina. Y el palco, vacío. ¿Qué ocurrió?

El periodista se retira malhumorado, indispuerto.

Al otro día, cuando entró en el periódico, el ordenanza le entrega una carta "que habían traído". ¿Sería de ella? ¡Oh, qué inexplicable ansiedad por abrirla! ¡A ver! ¡A ver! No; no es letra de mujer; los caracteres son gruesos, como porras.

Rasga el sobre, extrae la carta y salta un papel misterioso, doblado. ¡El palco! La carta empieza así: "Muy señor mío: Nos ha querido usted tomar el pelo y yo le voy a atizar a usted cuatro garrotazos, etc., etc." La firma el padre. ¡Oh! ¿Qué misterio es este?

El periodista recoge el palco del suelo. Lo abre, lo mira. Y... ¡Funesta equivocación! Aquello no era el palco. El palco debía llevarlo aún en la cartera.

Si, en efecto. ¡¡¡Aquello era la papeleta de empeño del gabán!!!

El periodista se llama... Bueno, no lo digo, porque se llama también como yo.

Alfonso Vidal y Plan

Este periódico no admite localidades ni favores de las Empresas; tampoco quiere ni necesita la amistad de actores, escritores ni músicos. ¿Hemos dicho algo?

Lectores: Os invitamos a que presenciéis nuestras tiradas de 25.000 ejemplares.

Anunciantes: Os conviene anunciar en EL DOMINO NEGRO

LA LEYENDA del PENAL

EN EL PRESIDIO DE BURGOS.—VIVIENDO LA VENGANZA.—LA MISA DE LOS PRESIDARIOS.—EN LA ESCUELA DEL PENAL.—EL INGENIO DE UN TIMADOR.—EL PENAL, TEMPLO DEL TRABAJO

Por EL DOMINO NEGRO

Llegamos ante el establecimiento penitenciario levantado en el seno mismo de la ciudad castellana en que reposan los restos del caballero Don Rodrigo Díaz de Vivar.

El genio arquitectónico de Juan de Herrera, parece haber presidido la construcción de gran parte de este monumental edificio, residencia de frailes descalzos hasta el año 1.835, y presidio a partir de esta fecha de trágica evocación en la historia de las revueltas y motines nacionales.

Tras breves momentos de espera, las macizas, pesadas puertas del penal, abriéronse chirriando gimientes sobre sus férreos goznes.

Acompañados por el director del establecimiento, Sr. Fernández Bernabé, persona culta y amable, recorrimos las conventuales galerías, los patios espaciosos y soleados, las dependencias todas del presidio, en el que ochocientos desgraciados arrastran su vida de crueles remordimientos, de odios insaciables, de miserables rencores.

Nada, a no ser aquel ejército de infortunados de rapadas cabezas y siniestra catadura, evoca la vieja leyenda del penal.

Los dormitorios, amplios y extremadamente limpios, las cocinas espaciosas, donde las ollas panzudas de bruñido cobre brillan como espejos, las galerías de enjalbegadas paredes, los patios cuidadosamente enarenados, y el sol, que todo lo baña, que todo lo inunda con su luz vivificadora, destruye la idea vulgar del penal, ya que en lugar del lóbrego edificio, mazmorra inmensa ayuna de luz y de aire, encuentra el visitante una enorme e higiénica conventual morada, donde los monjes del delito podrían arrastrar una vida relativamente feliz y tranquila de no abrigar en el seno de sus conciencias endurecidas el cáncer insaciable del remordimiento maldito.

—¿Cómo te llamas?—preguntamos a un penado, alto y musculoso como una estatua de Donatello, que a nuestro lado se hallaba.

—Esteban González.

—¿Trabajas?

—Sí, señor; en el taller de alpargatería.

—¿Sois muchos en ese taller?

—¡Ya lo creo! Para hacer todos los días doscientas cincuenta docenas de alpargatas, ya se precisa gente.

—¡¡Doscientas cien docenas!! Ganaréis un dineral.

—¡¡Quíá!! Los talleres del penal están arrendados a un particular. Nosotros trabajamos a sueldo y venimos a sacar unos cinco reales diarios; pero como la comida, la casa, la luz y demás gastos los tenemos pagados..., nos sobra dinero.

—¿Por qué causa estás aquí?

—¡Cosas de la vida!! Yo tenía una novia a la que quería y quiero más que a mí mismo, más que a todo en este mundo. Un día, un mal día, se echó otro novio de un pueblo vecino; yo me enteré, quise que le dejara, y ella se opuso... y lo que tenía que ocurrir, ocurrió. Pocas noches después fui a buscarlos; él no estaba y en ella se sació mi rabia.

Al evocar este momento que no se borrará jamás del alma del penado, su voz tornóse lúgubre, cavernosa, y su tez, ligeramente pálida, volvióse roja, cual la de un apoplético.

—¿Ella murió?

—No; vive y se casó con el otro..., ¡precisamente el mismo día en que a mí me condenaban a doce años de presidio!

—¿Qué piensas hacer cuando salgas de aquí?

—... ir a mi pueblo... ¡y volver otra vez!—exclamó con sordo, amenazador acento, y los ojos del desgraciado brillaron con siniestro fulgor, y su manos crispáronse frenéticas, y sus dientes blanquearon hambrientos.../

¡Parecía la visión trágica de una venganza roja!

En el momento en que nos disponíamos a continuar la visita, llamónos la atención el inusitado movimiento, el continuo ir y venir de los reclusos

—¿Qué ocurre?—interrogamos a nuestro amable cicerone.

—Nada; es que van a misa.

—Me agradaría presenciar ese acto.

—Y yo tengo mucho gusto en complacerle, pues así no falto a mis costumbres de oír la con los penados.

Nunca olvidaremos la impresión profunda que en nuestro ánimo produjo este momento!

En una amplia, abierta galería del piso principal del edificio,



hallábanse descubiertos los ochocientos infortunados que en aquel sitio purgaban sus culpas.

En otra galería frontera, levantábase un sencillo altar, preparado ya para el Santo Sacrificio, que dió comienzo instantes después.

Sólo la voz leve del celebrante, turbaba el silencio solemne del momento augusto.

Los penados, con sus miradas clavadas en el altar, parecían absortos. De pronto, cuando la Hostia Sagrada elevóse en las manos del sacerdote, cayeron todos de hinojos, pausadamente, sin ruido alguno, y con sus cabezas hacia tierra inclinadas y los recios puños, que monorítmicos golpeaban los pechos, albergue del pecado, evocaba aquel ejército de presidiarios el acto supremo de contricción de "El pueblo maldito", de Leopardi...

Terminada la misa, fueron abandonando lentamente la galería, para, como los siervos de Katlemhi, perderse por el dédalo inmenso de aquellos corredores interminables.

Sencillamente conmovedor era el espectáculo que ofrecía la escuela del presidio, en la que más de doscientos infelices se redimían poco a poco del yugo de la ignorancia, causa quizás de sus actuales desdichas.

En un rincón de la espaciosa sala, un gitano, que Dios sabe qué crimen pesará sobre su alma, enseñaba a deletrear a quince o veinte compañeros suyos.

Más allá, un recluso, condenado por homicidio, esforzábese en hacer aprender a otro grupo la tabla de Pitágoras. Sentados ante sus respectivos pupitres, un centenar de penados emborronaban hojas y más hojas de papel: el *palote* y el *ganchillo* se les antojaban los más arduos problemas.

—¿Qué tal se portan estos escolares?—preguntamos al profesor, D. Félix Carreño.

—Muy bien, ¡pobrecitos! Son dóciles en extremo, y si viera usted qué cuidado ponen y con cuánto interés escuchan y atienden mis indicaciones...

—Habrá muchos que lean y escriban regularmente.

—¡Ya lo creo! Tengo algunos muy listos, con verdadero ingenio. Uno sobre todo...; ahora verá usted... ¡Manolo!

—¿Me llama usted?—preguntó el interpelado.

—Sí, ven. Cuenta a este señor la causa de tu estancia en el penal.

—¿Si no tiene nada de particular!... Por monedero falso...

—No; no es eso. Lo que te ocurrió con unos almacenistas de vinos de la Mancha.

—Pues nada. Un día me presenté en un pueblo de la provincia de Ciudad Real y anuncié que quería comprar vino. En seguida vinieron a verme dos de los más importantes cosecheros del pueblo, hablamos, concertamos el precio y fui con ellos a la bodega a catar el caldo.

Después de probar diferentes clases de vinos, me hice el embriagado, y ya sin discutir apenas, cerramos el trato; eché mano a la cartera para abonar el importe de la compra y comencé a tirar sobre la mes billetes de cien pesetas, contándolos como si fueran de cincuenta.

Los vendedores, al principio miráronse asombrados, más creyendo que yo estaba efectivamente bebido y que a esto se debía mi error, decidieron aprovecharse de esa circunstancia, y conforme los billetes de veinte duros salían de mi mano, iban recogiendo y contando conmigo: mil cincuenta, mil ciento,

mil ciento cincuenta, y así seguimos hasta completar seis mil pesetas, importe de la compra realizada.

Al finalizar esta operación, los tunos—alegres como castañuelas—me entregaron un recibo que decía: "Hemos recibido de Don Manuel Chey González, la cantidad de seis mil pesetas en billetes de cincuenta pesetas, importe etc., etc..."

Al día siguiente vendí el vino en un pueblo cercano, y poco después los que creyeron haber realizado conmigo un negocio redondo, me denunciaron por haberles pagado doce mil pesetas en billetes falsos de ciento; pero como el recibo demostraba que yo no había adquirido vino mas que por valor de seis mil y que éstas fueron pagadas en billetes de cincuenta..., pues ¡nada!, se quedaron sin su dinero y sin su vino.

Una sonora carcajada coronó la narración del ingenioso timador.

El desgraciado muchacho que ocupaba la cama núm. 3 de la enfermería, irguióse en el lecho al darse cuenta de nuestra presencia.

En el rostro llevaba el penado estereotipada la visión de una muerte que a pasos agigantados se acercaba, trocando en miserable píltrafa humana el cuerpo antes fornido del pobre tísico.

La profunda conmiseración que su contemplación nos produjo, detuvimos junto a él y charlamos largo rato.

Con voz entrecortada, jadeante, voz de una vida que se iba entre los golpes secas de la tos pertinaz y roedora, referíanos su historia, sus alegrías, sus penalidades, la odisea, en fin, de una existencia que se inició en un hogar honrado para acabar, para apagarse en un lecho de la enfermería de un penal.

No hemos de referir aquí cuanto el infortunado nos relató. ¿Para qué? Llámase Manuel González Salvador, y tiene en los anales de su vida una página roja.

La obsesión de este momento trágico, el remordimiento, hánle acarreado la dolencia incurable que la fatalidad irremisible ha de coronar.

Con pena nos despedimos del homicida, cuyo cuerpo, escuálido y amarillento, semejaba, al siluetearse sobre la albura de las sábanas, la imagen santa de una muerte tranquila, reposando apacible sobre un lecho de nieve immaculado.

Aun permanecemos una hora en aquel purgatorio de delito, que con sus grandes talleres de herrería y alpargatería semeja importante establecimiento industrial de Cataluña.

Cuando salimos, el crepúsculo teñía con oscuras tintas el imponente, severo edificio, que sobre el lapizlázuli del cielo castellano, recortaba la gigantesca silueta de su mole de granito.

El Dominó Negro

EL DOMINÓ NEGRO saluda cortesmente a sus colegas de la Prensa madrileña, de los que desde hoy tiene la honra de ser compañero y de los que siempre tendrá el gusto de ser amigo.



DEL CIENO de la POLÍTICA

EL MISTERIO DE LA NEUTRALIDAD

POR QUÉ ESPAÑA NO HA IDO A LA GUERRA

por Fernán Vizcaya.

El conflicto temido había estallado con toda su imponente gradiosidad de universal catástrofe. La noticia que en el mundo entero causó impresión profunda y dolorosísima, sobrecogió también a nuestros gobernantes, que en San Sebastián veraneaban cerca de los Reyes.

Inmediatamente y al objeto de acordar la actitud de España ante el conflicto europeo, convocóse a un Consejo de Ministros.

Con gran puntualidad acudieron los consejeros al edificio residencia oficial del Sr. Dato; solamente faltó uno: el Sr. Bergamín, de quien habíase recibido un aviso telefónico, comunicando que inaplazables ocupaciones le impedían asistir a primera hora, pero que concurriría apenas le fuese posible.

La visión del maldito espectro de la guerra que a través de los campos de Bélgica, Francia, Serbia, Austria, Rusia y Alemania, paseaba su rojo estandarte, parecía flotar en el ambiente de la cámara en que iba a decidirse el papel que nuestra patria había de jugar en la espantosa contienda.

El presidente, Sr. Dato, comenzó a hablar. Las palabras fluían por sus labios perezosamente, acobardadamente. ¿Qué dijo el jefe del Gobierno?...

Lo ignoramos en absoluto, más suponemos que aludió a influencias extrañas que nos obligaban a intervenir en el conflicto; que citó el nombre de una poderosa Sociedad internacional, de creación reciente, y que para disipar en lo posible la mala impresión que su discurso produjera, habló de que España no se hallaba tan mal preparada como algunos creían, que los recursos económicos no habían de faltar ya, que se podía contar con la ayuda decidida de alguna de las potencias beligerantes, tratando, por último, de desvanecer el pesimismo reinante.

Al fin, como pesada, abrumadora losa, cayó sobre los sorprendidos consejeros un dilema.

Habló a continuación el ministro de la Guerra, siguiéndole el de Estado y algún otro personaje, y el acuerdo temido cristalizó en realidad aterradora.

¡España iba a la guerra! La gloriosa bandera roja y gualda flotaría sobre los campos de la muerte al lado de las de las de Francia, Inglaterra y Bélgica!

Estábase tratando del modo de justificar ante el país esta resolución, para estudiar después la forma de movilizar nuestras tropas, y cuando más enfrascados hallábanse los reunidos en esta labor, abrióse una de las puertas del salón. Sobre el fondo oscuro de la amplia antecámara recortóse la silueta del ministro de Instrucción pública.

Inmediatamente fué informado de la grave decisión adoptada, y cuando el presidente acabó de darle cuenta de ello, exclamó el Sr. Bergamín, ante la estupefacción de sus compañeros de Gabinete:

—Yo me opongo terminantemente a “eso”. España ni puede ni debe ir a la guerra.



Pasados los primeros momentos de sorpresa, intentaron los ministros convencer a este honrado hombre público. Mas todo en vano. Bergamín no cedió lo más mínimo, y él solo, en aquella estancia, defendió briosamente, contra todo y contra todos, la neutralidad de España.

Al fin, uno de los ministros balbuceó tímidamente:

—Vea usted que se trata de un acuerdo que sostenemos todos, y...

—Sé lo que tengo que hacer. Yo salgo, efectivamente, del Gobierno, mas no para irme a mi casa, sino para dirigir un mani-

fiesto al país enterándole de cuanto en el fondo de este asunto late.

Reanudóse el Consejo, y el acuerdo fué entonces revocado: ¡España no iría a la guerra! El telégrafo funcionó llevando al último rincón de la Patria la noticia grata de que el Gobierno se constituía en el más ferviente y denodado paladín de la santa neutralidad.

Mas la verdad es ésta. ¡Pueblo español: si algún día te pidesen bronce para una estatua, niégate a ello si ésta no ha de perpetuar la memoria del hombre que supo defender briosamente tu porvenir y la vida de tus hijos, gritando con energía en la cámara de un palacio donostiarra:

—¡España no irá a la guerra! ¡No irá! ¡Yo me opongo!

Fernán Vizcaya



LOS LADRONES ELEGANTES

Lázaro de Guimaes, el célebre estafador portugués.

por JAUME NOIR

Ha sido capturado en Madrid.—De Tenorio a ladrón.—Una hazaña del elegante malhechor.

Lázaro de Guimaes, el célebre estafador portugués, ha sido capturado ayer en Madrid por nuestra Policía, y conducido por dos agentes del Cuerpo de Vigilancia a la frontera lusitana, donde se harán cargo del detenido las autoridades de la vecina República.

Aunque la Prensa diaria apenas ha concedido importancia a esta aprehensión, no carece de ella tal servicio. Lázaro de Guimaes es uno de los más peligrosos malhechores de la actualidad.

Sus hechos, que por centenares se cuentan, revelan una audacia e inteligencia poco vulgar, siendo el prototipo del delincuente de smoking, que huye del crimen zafio y grosero en que sus guantes blancos pueden mancharse de rojo, para vivir la estafa con sin igual gallardía.

Aunque en los anales de su azarosa existencia registran delitos de todas clases—excepción hecha de los de sangre—, siente especial predilección por las viudas adineradas, a las que, con rara habilidad sabe envolver en las apretadas mallas de un mentido amor, para, en el momento oportuno, trocar las bellezas de una elucubración romántica, por las amarguras de un despiadado despojo.

De este célebre malhechor recordamos una hazaña que evidencia su sangre fría y su audacia.

En la hoy plaza de la República, de Lisboa, existe una importante joyería y relojería, de la que es propietaria una joven y coquetona viuda, llamada doña Josefina Malgaes.

Cierta día, en Diciembre del pasado año, paró un automóvil en las inmediaciones de esta casa, descendiendo del mismo un caballero elegantemente vestido, que comenzó a pasear ante los balcones de la viudita.

Este hecho, que se repitió por espacio de varios días, llegó a excitar la maliciosa curiosidad del apoderado y demás dependientes de la joyería, quienes sospechando que el elegante cortejador aspiraba y quizá llegase a ser en día no lejano el jefe de todos ellos, dirigían a la señora Malgaes sonrisas significativas y alguna que otra indirecta, que eran por quélla acogidas con no muy velada satisfacción.

Lo que los dependientes presumían estaba en vías de cristalizar en realidad. El caballero no paseaba ya ante la casa de la viuda, sino que apenas llegaba, asomábase ésta al balcón, y se enfrascaban ambos en una divagación lírica, evocadora de mejores años pasados.

Una mañana, doce días después de la aparición del galanteador, llegó éste bajo el balcón de su adorado tormento.

La viudita le esperaba ya, avara de palabras amorosas, y, como de costumbre, abandonáronse ambos en brazos del más rosado romanticismo.

De pronto, Lázaro de Guimaes, que otro era el apuesto caballero, preguntó a su amada:

—¿Qué hora tienes? Se me ha parado el reloj.

—Las doce.

—¡Las doce ya!

Y luego, con decisión, agregó:

—Espera, voy a dejar mi cronómetro en tu casa, para que me lo arreglen.

Y se internó en la elegante relojería y joyería de Josefina Malgaes.

Preguntó por el apoderado, y cuando apareció éste, díjole tranquilamente:

—De orden de la señora, haga el favor de entregarme un talón contra el Banco de Lisboa, por valor de... ¡Espere usted!... No sé si me ha dicho once o doce mil francos.

Y uniendo la acción a la palabra, salió a la puerta del establecimiento, y desde allí interrogó a Josefina:

—¿Has dicho once o doce?

—¡Doce, hombre, doce!—contestóle la viuda.

El apoderado había oído perfectísimamente estas palabras, y ya no dudó un solo instante. El audaz ladrón, decidido a llevar hasta lo último su obra, agregó, dirigiéndose al alto empleado:

—Mande usted a cobrar el talón, y cuando lo hayan hecho efectivo, ponga usted los billetes en un sobre, y envíemelos ahí fuera. ¡Yo estaré aún un rato hablando con Josefina!

Media hora después, un dependiente del tantas veces citado establecimiento interrumpió a los enamorados, para entregar un sobre al aventurero, desapareciendo rápidamente.

Recogiólo el malhechor y con toda tranquilidad zambullólo en uno de los bolsillos del bien cortado gabán.

—¿Qué es eso?—inquirió, curiosa, la viuda.

—¡Nada! El recibo para recoger el reloj...

Instantes después, Lázaro de Guimaes se despedía tan tíeramente como siempre de la acaramelada viuda, que, cuando pasados unos momentos, enteróse de la estafa de que había sido víctima, sintió en su corazón el zarpazo brutal del más cruel de los desengaños.

Once delitos parecidos a éste lleva cometidos el audaz estafador en estos dos últimos años.

La Policía portuguesa ha trabajado en vano para capturarle. Sin duda, el éxito de este servicio estaba reservado a la Policía madrileña, que ayer, domingo, detuvo al famoso estafador portugués en la terraza de un céntrico café, donde se reúne lo más selecto de nuestra aristocracia.

Jaume Noir



Del CAMERINO

A LA ESCENA



BRUJERIAS TEATRALES

por EL BRUJO DE LOS TINGLADOS

Crimen misterioso.

"Anoche apareció, mechado a puñaladas, en su domicilio particular, el conocido señor Moriones, hacendado empresario del Trianón, elegante cinema de la calle de Alcalá.

La Policía trabaja infatigablemente por esclarecer este tenebroso suceso, al margen del cual téjense toda clase de conjeturas y de suposiciones.

Como sospechoso fué detenido ayer el ilustre dramaturgo don Ceferino Palencia. Como saben nuestros lectores, el señor Palencia estrenó en el Trianón una comedia, que obtuvo envidiable éxito; comedia que logró escaso número de representaciones, porque al señor Moriones se le metió en su hoy agujereada *mollera* que debía continuar la explotación del cine. El señor Palencia protesta y afirma que él escribe dramas, pero que jamás se ha consagrado, ni piensa consagrarse por ahora, al *sport* de matar cerdos.

También fué detenido, en calidad de sospechoso, otro señor, cómico de profesión, el cual actuó en el citado coliseo durante su breve temporada teatral.

Interrogado por el juez que entiende en este pavoroso asunto, manifestó el aludido cómico lo siguiente:

—El señor Moriones trató de adornar mi impoluta frente con la gala de unas ramificaciones óseas y puntiagudas que a los maridos nos producen pavor. Pero mi costilla suplementaria, que no es manca, le atizó un soplamocos desnarigante, y el señor Moriones *se tiró* de cabeza a la Concha. Sin embargo, yo le juro, señor juez, que ni he sido el asesino, ni sé quién haya podido ser.

Recaen también fundadas sospechas contra el conocido inventor de cuentos baturros señor Gascón, que tenía en el lindo teatrillo de la calle de Alcalá una comedia de costumbres aragonesas, admitida y repartida ya en papeles, y que no logró los honores del estreno, porque el señor Moriones, asesorado por el señor López Marín, afirmó que aquello era una solemne burredada.

Con motivo de este horroroso asesinato, las once mil camareras de los cafés que posee en Madrid la víctima, visten de luto riguroso, y se han vuelto locas de... alegría."

Esta horripilante noticia, que parece reproducida de algún periódico, no se ha publicado. El Sr. Moriones, que nos es profundamente antipático, nos volvió locos de indignación cuando supimos las causas de la clausura del Trianón como teatro, y, claro, efecto de esa locura nos pareció leer dicha noticia en *La Corres*; pero ayer vimos trabajar a la Fornarina, y gracias a sus gracias y encantos, recobramos nuestra perdida cordura, y nos apresuramos a rectificar que no ha courrido nada de lo expuesto.

Rivalidades.

Cuando *Don Pío* leyó en los periódicos que *El Barquero* iba a estrenar una nueva obra en la Fiesta del Sainete, se arrancó media barba de coraje.

—Es intolerable— exclamó después, tremebundo— que ese señor haga obras para el teatro, y se las estrenen, cuando yo, que sólo poseo uno diezmillonésima parte de su brutalidad, no he logrado meter en ningún teatro de Madrid más que la pata.

¡¡ Definitivo !!

El señor empresario de la Bombonera es mucho más bruto, mucho más bruto todavía que el Sr. Rocamora, que tiene de mora mucho menos que de roca.

Hace algunos días, un infeliz autor inédito, ganoso de gloria y de pesetas, entregó a D. Cándido una obra para que la leyese y, en el caso de ser admitida, se representase en Lara.

Cuando el pobre autor volvió al teatro de la Corredera a recoger la contestación, D. Cándido devolvióle la obra, e hizo las siguientes manifestaciones:

—Hay en usted, pollo, madera de autor dramático. Sin embargo, adolece de algunos defectos, perdonables en quien, como usted, empieza la carrera. Hágame otra cosa...

Despidióse el fracasado autor, y se alongó, triston y taciturno.

Al cabo de ocho días, entregó a D. Cándido una nueva obra.

—¡Oh!— exclamó al siguiente día el empresario, golpeando cualquier mesa con indignación tremenda, furiosa—. Esto que me ha traído usted, osado pollino, es una lata insoportable, un estrepitoso rebuzno.

Y le tiró al rostro las cuartillas.

La obra era un drama del divino e inimitable Maeterlink, el glorioso autor belga. El inédito escritor la había comprado íntegra.

¡¡ Definitivo !!

Tenía razón Carrere.

El delicado poeta Emilio Carrere—una de los más legítimas glorias de la literatura española contemporánea—pide desde un periódico que cierta Empresa de un teatro madrileño dé unas representaciones de su hermosa obra "La canción de la Farándula", que con tanto éxito se representó en el Cómico la pasada temporada teatral.

Nos parece muy acertada y feliz la idea del maestro. Porque la obra del Sr. Carrere pesa más, muchísimo más en la balanza del arte, que todas las obras de Perrín y Palacios, Renovales y Pacheco, Paso y Abati, y demás señores que estrenan lo que les da la gana en los teatros que les da la gana, y cuyas obras obtienen las representaciones que a ellos les da la gana.

¿ Hemos dicho algo ?

El Brujo de los Tinglados

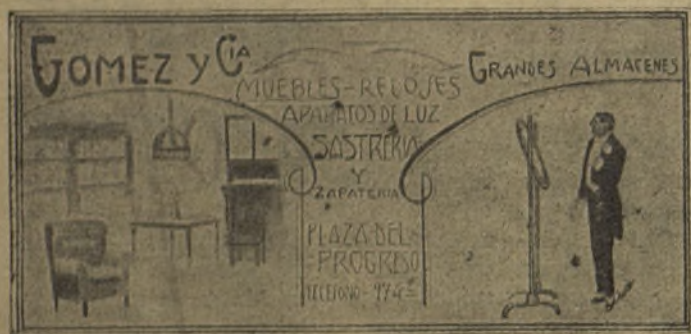
Peluquería del Palace Hotel

Ondulación Marcel. Lavado
de cabeza. Masaje electro-
facial. Tinturas. Maricur.

GRAN SURTIDO EN PERFUMERIA

La base de todo negocio es el anuncio.

El que no anuncia no vende.
Para toda clase de anuncio en la Brasserie del Palace Hotel dirijanse a D. Francisco García
Peluquería del Palace Hotel



LA PUBLICIDAD

Agencia de Anuncios de
Angel Tejero

Anuncios en todos los periódicos de España.—Esquelas de defunción, novenario y aniversario.—Recordatorios de todas clases.—Fijación de carteles.—Reparto de circulares.—Todos los sistemas de publicidad.

León, 20, Madrid.—Teléfono, 1.085.

FOTOGRAFIA COMPAÑY

Primeras ampliaciones
y fotografías de primera comunión.

FUENCARRAL, 29.—TELÉFONO, 878

COMPAÑIA VINICOLA DEL NORTE DE ESPAÑA



Rioja clarete.

Rioja blanco.

Rioja espumoso (champang).

Este compete con las más acreditadas marcas de Reims y Epernay.

Depositaio: JUAN ANTONIO ACIN, Infantas, 36, Pastelería, MADRID. - Teléfono 1.164

Almacén de papel

Objetos de Escritorio. Imprenta y Litografía. Especialidad en Cromos y Almanaques. Exportación a provincias. PLAZA DEL MATUTE, 6, MADRID. - Teléfono 5.005

BALBINO CERRADA

MENA

FOTO

CARRETAS, núm. 39, planta baja.—MADRID

FARMACIA Y LABORATORIO

DE

J. MARTINEZ

**Específicos nacionales y extranjeros. - Aguas
minero - medicinales.**

Glorieta de Atocha, 8

Frente a la Estación del Mediodía. - Precios de la Militar. - Abierta toda la noche.

LOS TIROLESES

EMPRESA ANUNCIADORA

PELAYO, 34.—BARCELONA
PLAZA CONSTITUCION 6.—SEVILLA
ANDIA, 5.—SAN SEBASTIAN
COMPAÑIA, 22.—SANTANDER

CASA RAMOS

Acabamos de recibir una extensa y bonita colección de ABANICOS, en modelos completamente novedad, para la presente estación. Invitamos a usted visite nuestra Exposición. **ATOCHA, 128.** Perfumería, Papelería, Artículos de piel, Objetos de fantasía para regalo.

FABRICA DE TARJETAS POSTALES

GRABADOR DE MODA F. SIERRA

MONTERA, 38. - MADRID

ES LA CASA QUE FABRICA LOS MEJORES ROTULOS DE ESMALTE, SELLOS DE CAUCHO Y METAL Y GRABADOS DE TODAS CLASES, SIENDO TODOS SUS ARTICULOS DE PRIMERA CALIDA E INMEJORABLE RESULTADO

ANTONIO VERA

PELUQUERIA IDEAL

Plaza de Canalejas, 6 (antes Cuatro Calles), Madrid

Teléfono núm. 5.367

En el Café Universal se reúne todos los días la colonia canaria - -

R. GUILLEN

Mercería y novedades.
Encajes. - Pasamanería.
Guantes y corsés.

Pez, 19. - MADRID

Ultimos modelos siempre



LONGINES

el mejor reloj
de precision

De venta en todas las
buenas relojerías.

Perfeccion y seguridad

CAZADORES Armas y efectos de caza.

HORTALEZA, 11 y 13.

COMPRA Y VENTA

DE

Aparatos y material eléctrico.

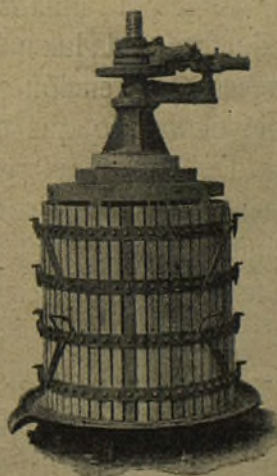
RICARDO TEJEIRO

PLAZA DEL RASIRO, 9
Y AMAZONAS, 2

RAFAEL CARO

Copelas de huesos calcinados de todas clases. Depósito: CASA EMILIO O. FUNKE, Fuencarral, 34

TODO el que se anuncia en EL DOMINÓ NEGRO, pronto ve sus arcas repletas de dinero. ¡A anunciarse!



TALLER DE CONSTRUCCION Y
REPARACION DE TODA CLASE
DE MAQUINAS

DE

DONATO LOPEZ

Santa Engracia 42. - MADRID

Compro y vendo
alhajas, oro, plata,
platino, máquinas de
coser, escopetas,
abanicos, bicicletas,
pañuelos de Manila
y toda clase de ob-
:: jetos de valor ::

JOYERIA, PLATERIA Y RELOJERIA

DE

M. VILLAVERDE

FUENCARRAL, 110. - MADRID

Primera casa en
sombrillas, paraguas,
bastones, gabanes,
impermeables, ar-
tículos de piel y para
viaje, e infinidad de
caprichos propios
:: para regalos ::

ARTE - CIENCIA - INSTRUCCION - RECREO

CINEMA - MADONNA

El mueble más agradable, útil, elegante e indispensable en los salones aristocráticos.
Fabricado especialmente con todos los adelantos científicos.

Unico proyector cinematográfico propio para
familias, salones, casas de campo, tertulias, casinos, sociedades
escuelas, colegios, academias, institutos, universidades
congregaciones, alquiladores de películas, cafés
aficionados, cuarteles, etc., etc.

El proyector CINEMA-MADONNA funciona con la instalación eléctrica de cualquier casa, por sencilla que sea, y con luz propia por acumuladores, la que se recomienda para los lugares que carezcan de luz eléctrica.

Tamaño de las imágenes a voluntad, hasta 3 metros de ancho. Construcción fuerte e inmejorable. Transporte fácil. Funciona a mano y con motor, mediante un aumento (desde 100 pesetas). Objetivo luminoso e intercambiable. Luz Nitra productora de la luz más potente y fría, **sin peligro de incendio**. Detención en un campo de la película durante el tiempo que se desee y sin riesgo de estropearla. Bobinas para largo metraje. Sirve para todas las películas tamaño normal (perforación Edison de cuatro agujeros). Funcionamiento sencillo; un niño puede manejarlo. Cruz de Marta. Proyección fija sin oscilación. Desenrollador y enrollador automáticos. Sin cadenas ni ejes flexibles. Centraje de la película regulable. Condensador, cambiabile y desarmable, para la limpieza.

Al hacerse los pedidos, indíquese la luz con la que se desea proyectar.
Si es con el electricidad instalada, la clase de corriente y el voltaje.

Precio del proyector CINEMA-MADONNA completo:

500 pesetas en España.

Antes de adquirir otros modelos, pídanse referencias, prospectos y detalles, así como la lista de películas científicas, artísticas y recreativas, aparatos para impresionar las películas y cuantos datos se deseen, concernientes al ramo cinematográfico a esta casa.

En este precio van incluidos

Un proyector con mecanismo de precisión, tren de entrenamiento, cruz de Malta para el transporte, objetivo cambiabile suministrado a voluntad del cliente según el foco que desee. Una instalación de luz fría, con condensador triple acoplado a la ventana de proyección, con portalámpara y su lámpara especial de medio watio. Una resistencia de metal, según el voltaje de la instalación, que debe citarse al hacer el pedido (cuando se carece de instalación eléctrica se supe la resistencia de metal por una batería de acumuladores). Dos bobinas fijas para 200 o 400 metros.

Una bobina desmontable; y

Los suplementos siguientes:

Una mesa, en forma de columna, de hierro dulce, plegable, con plataforma inclinable a voluntad. Un telón luminoso de 1,80 x 2,40 metros. Un cable conductor, para la toma de corriente, con enchufe. Una cubierta de guttapercha, para resguardar el aparato del polvo. Un embobinador. Una película. Una lámpara supletoria de medio watio

Sociedad del CINEMA-MADONNA CALLE DE LARRA, 6. - MADRID
Teléfono 2.473. Apartado postal 290.